



Semillas de Vocación: La Travesía de Educar

Autora: Ivonne Romina Bayas Carrera

Nací en la ciudad de Ambato un 26 de febrero de 1966, como la hija menor de siete hermanos, bajo el cuidado amoroso de mis padres, Oswaldo y Olga. Desde pequeña, aprendí a valorar el esfuerzo y sacrificio que ellos hacían por nuestra familia. Sus enseñanzas no solo forjaron mi carácter, sino que también me enseñaron a ver la vida como un constante desafío y a entender que la gratitud y la perseverancia son caminos hacia los sueños. Aunque fui la más consentida, el cariño de mis padres siempre fue firme: bastaba una sola mirada para recordarme que el respeto y la integridad eran esenciales. Desde entonces, para mí, cada logro ha significado más que una meta cumplida. Ha sido una oportunidad para honrar sus enseñanzas.

Recuerdo que, para tener un par de zapatos nuevos o un cuaderno, debía trabajar junto a mi padre durante los fines de semana y las vacaciones. Esa experiencia no solo me enseñó el valor del trabajo, sino también la fortaleza de mi familia. Fui una niña alegre, optimista y apasionada por el estudio. Mi amor por los libros fue como un refugio y, al mismo tiempo, un motor para ayudar a mis compañeras, explicándoles temas que a veces resultaban complicados, como las fórmulas de química o la raíz cuadrada. Mirando hacia atrás, me doy cuenta de que mi vocación por enseñar ya florecía en esos momentos.

Mis estudios secundarios los realicé en el Colegio de Señoritas Ambato, donde obtuve una beca que me permitió concluir mis estudios con dedicación. Mis profesores fueron más que guías académicos; cada uno de ellos dejó en mí valores que marcaron profundamente mi vida. Al ingresar a la Universidad Técnica de Ambato, mi deseo de aprender y superarme se intensificó. A pesar de los desafíos económicos, nunca dejé una materia pendiente y logré graduarme con esfuerzo y tenacidad. No puedo olvidar el gesto del doctor Lino Rampon, quien nos contrató en el Instituto de Investigaciones para que pudiéramos concluir la carrera. Gracias a eso, obtuve mi título en Ciencias de la Educación, especializándome en Química y Biología el 27 de septiembre de 1984.

Poco antes de graduarme, me casé con Patricio Escalante, mi gran amigo y compañero de vida. Él ha sido mi fuerza en todo momento, y juntos formamos un hogar lleno de amor y respeto. Debido a su trabajo, nos mudamos, y comencé a enseñar en el Colegio Río Santiago, donde también fue inspector general. En estos 30 años de servicio como docente, cada día en el aula ha sido una oportunidad de aprender y crecer, inspirada en mis hijos, Mauro y Verónica. Ambos fueron mis estudiantes en secundaria, y junto a ellos y mis alumnos, siempre intenté ser una maestra justa y apasionada en el conocimiento de las ciencias.

El tiempo también me llevó a cursar estudios de posgrado en la Universidad Técnica de Ambato, donde logré obtener el título de magíster en Evaluación Educativa en 2011. Cada paso en mi carrera ha sido una afirmación de que, con esfuerzo, todo es posible. Además, soy maestra artesanal en belleza, un oficio que me brindó una segunda fuente de ingresos durante 28 años hasta que, debido a problemas de salud, debí dejar mi peluquería. A pesar de las dificultades, miro con gratitud cada uno de estos momentos; han sido fundamentales para mi familia.

Un hito especial en mi vida fue participar en el V Concurso de Excelencia Educativa de la Fundación FIDAL, donde presenté mi proyecto de Química Aplicada, trabajado con tanto esmero. La emoción de recibir el primer lugar y obtener becas para estudiar en el extranjero fue indescriptible. Más allá del reconocimiento, sentí que mi trabajo era una representación de mi comunidad, de mis estudiantes y de todas las personas que creen en la educación como un motor de cambio.

He recibido condecoraciones de distintas instituciones, como el Gobierno Provincial de Morona Santiago y el Gobierno Autónomo del Cantón Limón Indanza, pero cada diploma y reconocimiento es, en realidad, un homenaje a los estudiantes con quienes he compartido estas experiencias y de quienes he aprendido tanto. Lograr la

publicación del libro *Proyectos de Química Aplicada* en el 2012 fue otro sueño cumplido, al poder compartir el trabajo realizado con mis alumnos en el Colegio Río Santiago, un logro que nunca habría sido posible sin su entusiasmo y colaboración.

En el 2021, debido a problemas de salud, perdí temporalmente la voz, pero no el espíritu. Mi amor por la enseñanza me permitió seguir adelante en la Unidad Educativa Yunganza, desarrollando proyectos de impacto social y ofreciendo apoyo a los estudiantes y sus familias. La docencia ha sido mi vocación y también mi inspiración. Hoy, admiro a personas como la doctora Rosalía Arteaga, que, con su dedicación y valentía, me recuerdan el poder transformador de la educación y la importancia de mantener viva esta pasión.

Cada día en el aula ha sido una oportunidad para aprender, para fortalecer mis competencias y para acercarme más a mis estudiantes. Sueño con seguir colaborando con la Fundación FIDAL, compartiendo mi experiencia y, sobre todo, el amor profundo que siento por enseñar. Anhele que este legado inspire a las futuras generaciones, para que, al igual que yo, encuentren en la educación un propósito, un camino y la esperanza de construir un mundo mejor.

